La hueste en liza

El Arte de la Guerra en el Medievo

VÍCTOR SÁNCHEZ TARRADELLAS

www.hrmediciones.es

Para Fabiola,
la encantadora amiga que más me ha animado
a llevar a buen término este proyecto.

Índice

INTRODUCCIÓN **9**

LOS AÑOS OSCUROS **25**

EL ORIGEN DE LA HUESTE **25**
Exercitus Francorum Regni 32
Nace el feudalismo 39
Exercitus Gothorum 42

LA HUESTE MEDIEVAL **53**
Tropas permanentes 59
Guardias personales *59*
Domus regia *60*
Guarniciones de fortalezas *62*
Órdenes Militares *64*
Tropas no permanentes 66
Milicias concejiles *68*
Mesnadas señoriales *73*
Mercenarios *80*
Tamaño de la hueste *83*
Convocatoria de la hueste *88*
El ejército del señor *98*
El fin de la hueste *99*

EL MITO DEL CABALLERO MEDIEVAL **103**
Término miles 109
Entrenamiento 111
Guerras privadas y torneos 114
Miles stipendarii 119
Valor del caballero 120
El caballero en combate 125
Destreros y bridones 144
Lucha a pie 153
La panoplia del caballero 155
Rescate 159
Otros guerreros a caballo 164

MILICIAS, MERCENARIOS Y ALMOGÁVARES **175**
Peones 175

Caballería villana 185
Mercenarios 190
Gente de frontera: almogávares y golfines 196

MONJES GUERREROS. PUNTA DE LANZA DE LA CRISTIANDAD . . .201
¿Qué es una orden militar?. 202
Justificación del monje guerrero. 204
Surgen las primeras órdenes 207
Las órdenes en Hispania 210
Composición de la mesnada de las órdenes 222
Órdenes y frontera 228
Contribución a la hueste 234
Virtudes y defectos de las órdenes. 236
Organización de las órdenes 242

A SANGRE Y FUEGO. LA GUERRA GUERREADA 251
Cabalgadas 255
Algaras y correrías. 265
Los preparativos 267
Tipos de cabalgadas 276

VICTORIA O MUERTE. LA LID CAMPAL 281
Entrar en liza. 282
Táctica en la batalla 294
Formación del orden de batalla 310
Milites, punta de lanza de la hueste 316
Los peones también ganan batallas 329
Un adversario escurridizo 348
Et venerunt ad prelium (y vinieron a la batalla) 357

A HIERRO Y FUEGO: FORTALEZAS, ASALTOS Y ASEDIOS. 373
El castillo medieval 377
Estrategia de asedio 385
Padrastros, Mal vecinos y Reales 386
Expugnación a furto 393
Asedio 396
Expugnación por fuerça o a escala vista 408
Asalto por el centro: Tormentaria 411
Asalto por el centro: Arietes 418
Asalto por debajo, subterráneas fossas (Minas) 419
Asalto por encima: Escalas 422
Asalto por encima: turrim ambulatoriam (Torres de asedio) 425
Tormentaria medieval 432

Ingenios de tensión 433
Ingenios de torsión 434
Ingenios de tracción. 435
A hierro y fuego 447

LA HUESTE EN MARCHA 463
Vituallas y forraje 481
Mercados, forrajeo y saqueo 492
La hueste en marcha 503
Castra exercitus, campamento 519
Transporte de víveres y bagajes 521
Autonomía logística. 526
Líneas de comunicaciones 532
Transporte de caballos 533
Sanidad 535

CAUDILLOS: LIDERAZGO Y ESTRATEGIA 537
Formación del caudillo 540
Preparación de la hueste 543
Moral y religión 546
Liderazgo en la batalla 550
Estrategia 558
Financiación 569

CONCLUSIÓN. EL OCASO DE LA CABALLERÍA 572

ANEXO A. GLOSARIO 581

ANEXO B. 603

DRAMATIS PERSONAE 603

ANEXO C. BATALLAS Y ASEDIOS CITADOS EN EL TEXTO. 613

BIBLIOGRAFÍA. 617

Introducción

La sociedad medieval era una sociedad violenta, y estaba organizada para la guerra.
SEAN McGLYNN

Aquí, señor obispo, morimos todos, musita el rey Alfonso a su fiel Rodrigo[1] mientras desenvaina la espada. No está dispuesto el monarca castellano a regresar a su tierra vivo, pero derrotado, como en la funesta jornada de Alarcos. Hoy será victoria o muerte. Ordena a su alférez[2] que enarbole en alto su enseña, la señal convenida para prepararse para la carga. Encomendando su alma al Señor de los ejércitos, se dispone a encabezar a sus mesnaderos en una última y desesperada carga. Le acompañan los otros soberanos presentes en la jornada. Mientras tremolan los pendones reales de Castilla, Aragón y Navarra, la última línea de hombres de armas avanza al paso, espoleada por el ideal caballeresco y el fervor del cruzado. Atraviesan las filas de peones que se abren para dejarles pasar mientras les vitorean miles de gargantas. La línea de caballeros se pone al trote, con los peones que les siguen a paso ligero, levantando una nube de polvo a su paso. Retumba el suelo bajo cientos de cascos de caballos. Los caballeros todavía sujetan en vertical las largas lanzas rematadas en afiladas puntas de acero.

1 Rodrigo Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo.

2 Álvaro Núñez de Lara.

Todo es centelleo de armas, zumbido de saetas, relinchos y gritos. Las trompetas hacen sonar la señal de ataque y los jinetes bajan sus lanzas a la vez, erizando el frente de despiadado acero que destella al sol. Es ahora o nunca. Los caballeros pican espuelas con rabia hasta que sangran los ijares de sus monturas. Los caballos, con los ojos desorbitados y la boca llena de espuma, vuelan sobre la seca tierra mientras salpican piedras y terrones. Los jinetes sienten el cabeceo de sus monturas y sus pulmones resollando con fuerza. Se afianzan en los estribos, embrazan más recio el escudo y afirman la lanza bajo la axila. A su frente, los agarenos ven con horror la ola de acero que se les viene encima. El impacto es brutal, se escucha un monstruoso estruendo mientras las largas lanzas atacan a fondo. Los cruzados, enardecidos, embisten con ciega furia. El ataque cruza como una exhalación el campo de batalla hasta llegar al real del sultán almohade. Las poderosas monturas arrollan con su peso a los almohades que caen bajo sus cascos. La infantería es barrida por esta impetuosa ola y la tierra se empapa de sangre cristiana y musulmana. Muchos caballeros han perdido su lanza y siguen luchando con su espada, lanzando frenéticos golpes y tajos, con el rostro bañado en sudor. Los peones se unen a la matanza, descargando sus hachas, mazas y espadas sobre los supervivientes.

Los sarracenos, espantados al ver avanzar los estandartes reales, vuelven las espaldas, tiran sus armas y huyen despavoridos para poner su vida a salvo. Al fin, el campo yace tan lleno de moros muertos que los cristianos *no pueden pasar por encima con muy buenos caballos que traen, sino con gran peligro*[3]. Los hombres exhaustos, jadeantes y cubiertos de sangre, se abrazan. Algunos se arrodillan, apoyados en sus ensangrentadas espadas, alabando a Dios al que ofrecen la victoria. Y cientos de gargantas resecas entonan un emocionado *Te Deum Laudamus*.

Esta panorámica idealizada de la carga de los tres reyes en la trascendente batalla de las Navas de Tolosa encarna la mitificada visión que todavía hoy perdura de la guerra medieval. Una batalla decisiva en la que unos aristocráticos jinetes acorazados de brillante armadura aplastan ellos solos a un aterrorizado enemigo incapaz de resistir su impetuosa carga. Mientras, unos desharrapados aldeanos pobremente armados con guadañas y hoces se contentan con vitorear las hazañas de sus señores. Esta imagen estereotipada ha llevado a asimilar a la guerra medieval con la batalla campal. La

3 Jiménez de Rada, *De rebus Hispaniae* (Historia de los Hechos de España).

mayoría de los libros sobre el tema se centran en las batallas, a pesar de su carácter excepcional. Los historiadores han fijado su atención sobre todo en los choques frontales en campo abierto. Otras operaciones más comunes, como las cabalgadas o los asedios, permanecen a menudo en la penumbra del olvido. En el mejor de los casos simplemente se constata su existencia, en el peor, desaparecen de los libros de historia. Las grandes producciones de Hollywood tampoco ayudan a formarse una idea veraz de como combatían nuestros antepasados del Medievo. Los expertos consejos de los asesores pasan a un segundo plano frente a las necesidades de conflicto, drama, misterio y espectáculo efectista de la industria cinematográfica.

Todavía persiste una percepción de la Edad Media más mítica que histórica. Una época tan atractiva como extraña y remota, que sigue muy presente en nuestra conciencia.

Pero la batalla es una rareza en el Medievo, la carga frontal es solo una de las muchas tácticas utilizadas, la mayoría de los jinetes que engrosan la hueste son hombres de armas de humilde extracción social, y el papel de los caballeros ha sido groseramente magnificado por las crónicas y los cantares de gesta, muy por encima de su importancia real.

Y el hecho de que los ejércitos medievales sean más reducidos, debido a la incapacidad de movilizar muchos combatientes, influye en que el papel desarrollado por los poco numerosos caballeros se haya considerado tan relevante. La vistosa y colorida imagen del caballero pesadamente equipado llena completamente el escenario de los conflictos armados medievales.

La imagen de la guerra medieval como una sucesión de cargas realizadas por briosos caballeros de brillante armadura es muy sugestiva. Tanto, que ha cautivado la imaginación de muchos autores, de modo que esta visión simplificada sigue presente en sus obras. Todavía persiste en el imaginario colectivo esta seductora e ingenua visión de la guerra en el Medievo. Aunque escenas como la que encabeza este libro se producen, la guerra medieval es otra cosa bastante diferente.

Los historiadores han vertido mares de tinta sobre el feudalismo como institución social, política y militar. Se ha estudiado en profundidad cómo este sistema permite vestir las filas de las huestes medievales con guerreros de distinto tipo. Pero se conoce mucho menos el empleo que se hace de estos combatientes en la guerra medieval.

Los historiadores decimonónicos aplicaron al estudio de la guerra medieval criterios bélicos basados en las grandes campañas del periodo

napoleónico. En conclusión, afirman que en el Medievo no hay ninguna máxima que valga la pena estudiar. Para estos analistas, la caída del Imperio Romano y la llegada del feudalismo supone un profundo retroceso en el arte de la guerra. Por ejemplo, el acreditado historiador Charles Oman sentencia que la organización feudal de la sociedad hace de cada noble un guerrero, pero no puede decirse que lo convierta en un soldado. Según esta visión negativa, en el combatiente medieval prima el coraje sobre la disciplina, el arrojo sobre el orden.

Se ha considerado a la hueste medieval como una fuerza armada carente de cohesión, sin cuadros de mando definidos, en su mayoría compuesta por combatientes no profesionales, obligados a servir a al monarca como sus súbditos. Desde esta perspectiva no es sorprendente que se haya generado una opinión muy pobre sobre la capacidad operativa de los ejércitos medievales, que se ha perpetuado en el tiempo. Se ha llegado a sostener que la hueste es poco más que una turba variopinta de gentes mal avenidas, insubordinadas e incapaces de ejecutar las maniobras más simples. Algunos, incluso, han negado la existencia de unidades tácticas. Para ellos, el diletante combatiente medieval se caracteriza por anteponer su propio honor y gloria sobre cualquier valor colectivo. Su espada es más rápida que su cerebro.

Según este enfoque, el comportamiento militar predominante en el Medievo se habría caracterizado por la total ausencia de pensamiento estratégico y táctico. En la guerra medieval no habría planificación ni entrenamiento colectivo, solo la irreductible individualidad del caballero, su indisciplina y los comportamientos guiados más por el honor que por la experiencia, la prudencia o la inteligencia. Algunos autores llegan a afirmar con el mayor convencimiento que los más de diez siglos transcurridos entre la desaparición del Imperio Romano y la Europa de la Edad Moderna tienen tan poco que aportar que no vale la pena dedicar el menor esfuerzo en su estudio.

En algunos ámbitos todavía subsiste esta tópica imagen, pero cada vez más autores aportan evidencias de que en la Edad Media existen verdaderas unidades de combate que muestran en campaña un destacado grado de profesionalismo.

La guerra en el Medievo cobra un protagonismo de capital importancia. Como hace notar Georges Duby, toda la civilización europea occidental,

entre los siglos XI y XIII, está *enteramente dominada por el hecho militar*[4]. Las políticas matrimoniales, la naturaleza hereditaria del poder y las diversas creencias religiosas son una fuente inagotable de conflictos. Una combinación de intrigas palaciegas y celo religioso llevan a Europa a un casi perpetuo estado de guerra.

El poder medieval está inextricablemente ligado a la violencia. La soberanía de los reyes se basa en gran medida en su capacidad para hacer la guerra con éxito. El triunfo en el combate trae consigo prestigio, autoridad y poder. La guerra en el Medievo tiene un carácter universal, define las fronteras, permite salvaguardar la herencia cultural e impulsa un desarrollo tecnológico desconocido en el mundo antiguo. Esta lucha tiene a menudo un carácter defensivo, pero tampoco faltan las guerras de expansión. Hay grandes confrontaciones, bajo la autoridad de papas, reyes y príncipes, que movilizan grandes contingentes. Y un sinfín de pequeños enfrentamientos, luchas entre familias, reinos o señores.

En la sociedad medieval está muy consolidada la creencia de que la voluntad divina ha separado a los hombres en tres órdenes (*oratores*, *bellatores* y *laboratores*) cuyo intercambio de servicios es el fundamento del orden social. Los guerreros (*bellatores*) constituyen una de las tres divisiones de la sociedad, con un papel esencial dentro de ella. Y los cronistas que han dejado registro de la historia de este período dedican la mayor parte de sus esfuerzos a describir sus proezas.

Se suele hacer una distinción entre la guerra *pública* librada por el gobernante y la guerra *privada* librada por individuos. Parecen dos realidades diferentes, pero lo cierto es que no pueden distinguirse tan fácilmente. Guerra, en un sentido amplio, es cualquier *contienda hostil por medio de fuerzas armadas.*[5] Y esta definición en el Medievo se puede aplicar perfectamente a cualquier forma de violencia armada continua entre grupos de hombres. Desde los grandes conflictos entre reyes o estados, a las disputas territoriales o familiares entre señores feudales.

Los reyes hacen la guerra, sobre todo para conservar su poder. Para ellos es una necesidad imperiosa. Deben demostrar que poseen la autoridad para forzar a sus súbditos a obedecerles. Necesitan ganar tierras y botín para recompensar a sus seguidores y mostrarles que vale la pena permanecer a su

4 Georges Duby, 1984.

5 *Oxford English Dictionary*

servicio, en lugar de ir a prestarlo a un señor diferente. Y, por supuesto, han de proteger a sus súbditos de los enemigos: este es uno de los deberes del señorío cristiano heredado de los emperadores cristianos del Bajo Imperio Romano. El soberano que no puede salir al campo con su hueste cada año y ganar territorio y botín para ofrecer a sus seguidores tendrá dificultades para retener su lealtad. Por ello, los años sin expediciones militares son tan excepcionales como para mencionarlos expresamente en los Anales.

Estas campañas anuales cobran especial importancia en las fronteras de la cristiandad, donde hay grandes territorios en disputa. Es el caso de nuestra Península Ibérica. Por ello, la guerra es un elemento vertebrador de los reinos cristianos peninsulares. Tienen que adaptar sus estructuras a una conflictividad militar omnipresente. Entre los estudiosos ha hecho fortuna la afirmación de Elena Lourie de 1966 de que las ibéricas medievales fueron *sociedades organizadas para la guerra*. La guerra es un elemento innato de la sociedad medieval, que debe adaptarse a las demandas constantes del conflicto militar omnipresente. En la Península Ibérica, tierra fecunda en hombres belicosos, se dan las luchas habituales en Occidente: guerras entre reinos, querellas dinásticas fratricidas, enfrentamientos entre monarquía y nobles levantiscos o entre miembros de la propia nobleza. Especialmente, el proceso de consolidación de los reinos cristianos conlleva numerosos enfrentamientos armados entre ellos para definir sus fronteras. Pero, además, hay un tipo específico de conflicto que diferencia a las sociedades ibéricas medievales de las del resto de Europa: la feroz guerra contra el islam. Para los contemporáneos, los ismaelitas son *summa culpabilis*, el pueblo más culpable. La contienda con ellos es tan importante que los cronistas reservan el término *bellum* para describir la guerra contra los mahometanos. Hispania es una tierra que no conoce la paz, lo que en otra parte es un entretenimiento de caballeros, aquí es una cuestión de supervivencia.

Este conflicto con los musulmanes participa tanto del concepto de *guerra justa*, ya que se pretende restaurar el antiguo reino godo injustamente usurpado, como del de *guerra santa*, porque se combate contra el infiel en defensa de la Iglesia y de la Cristiandad. Una guerra en la que, a la brutalidad inherente del conflicto medieval, se une el providencialismo, puesto que se enfrenta un pueblo de cristianos creyentes con otro de sarracenos infieles. En suma, una Cruzada emprendida contra el islam, caracterizada por su particular encarnizamiento. Ya que «[…] incluso si no existe causa para el odio, el hecho de que los combatientes no compartan los mismos artículos

de fe es razón suficiente para la riña y la enemistad»[6]. La existencia de esta frontera militar permanente con el islam hace que los reinos ibéricos sean sociedades organizadas para la guerra. El choque de culturas y religiones añade intensidad y crudeza a esta guerra. Los continuos ataques musulmanes hacen que la sociedad hispana esté fuertemente militarizada, con todos los hombres aptos preparados para servir. Lo que tiene su reflejo en la composición de la hueste.

La influencia de este estado de guerra continua y la expansión militar a expensas del enemigo musulmán favorece la creación de monarquías fuertes en torno a un rey que aglutina las fuerzas. La necesidad de un mando unido fortalece la autoridad del gobernante y la pequeña extensión geográfica de los reinos cristianos durante los dos primeros siglos de su existencia le ayuda a mantener un control más estrecho sobre sus barones. Este poder real frena el crecimiento de la institución feudal, menos desarrollada que en el resto de Europa. Como veremos, la mayoría de los académicos consideran en la actualidad que el feudalismo como modelo explicativo de la historia militar medieval está intelectualmente agotado. Y eso se hace particularmente patente en la Península Ibérica.

Aunque muchas voces medievales defienden los beneficios de la paz, el hecho de que los jóvenes ganen prestigio social participando en la guerra, que los soberanos refuercen su autoridad combatiendo y que la guerra suponga importantes ganancias económicas significa que, a lo largo del período medieval, podemos asegurar que en todo momento en algún lugar de Europa se están cruzando aceros para dirimir una disputa.

La guerra consume la mayor parte de los recursos económicos de la sociedad medieval. Se gastan ingentes sumas de dinero y recursos en el entrenamiento y pago de soldados, la producción y adquisición de armas y suministros, la construcción y mantenimiento de un gran número de fortificaciones que proliferan en toda Europa y los estados cruzados. Los caóticos efectos de la guerra nunca se limitan a los soldados que bregan en el campo de batalla. Una vez desatada la ira de Marte, arrasa a todo aquel que se interponga en su camino. La guerra en un momento u otro afecta la vida de casi todos los hombres, mujeres y niños en la Europa medieval. Directamente como protagonistas o víctimas de las operaciones militares,

6 Guillermo de Tiro.

o indirectamente a través de la imposición de obligaciones, impuestos y deberes laborales relacionados con el ejército.

Los hombres de la Edad Media se involucran en la guerra llevados por diversas motivaciones. A menudo, porque no tienen otra opción. Deben acudir a la llamada de su señor que les exige pelear. Por otro lado, también luchan para ganar gloria y honor, y escalar peldaños en la estratificada sociedad medieval. Pueden ganar tierras o dinero, tanto del botín tomado durante la guerra como de las dádivas recibidas de su agradecido empleador. Con sus heroicidades pueden conquistar la admiración de la sociedad, especialmente de las damas. Para un caballero concertar un buen matrimonio es crucial, para él y para su estirpe. Y sus bizarras hazañas pueden quedar plasmadas para la posteridad en poemas y cantares de gesta, asegurándole inmortal fama. Y, en algunos casos, se añade el factor religioso. Las cruzadas a Tierra Santa son consideradas guerras santas. Y la contienda entre cristianos y moros en la Península Ibérica, también. En marzo de 1340 el papa Benedicto XII firma la bula *Exaltamus in te*, que concede la categoría de cruzada a la lucha contra el islam de los reinos cristianos. Se obtiene así la misma indulgencia que se otorga a los peregrinos que acuden a Jerusalén. En estas luchas en que la religión es factor clave, los combatientes ganan indulgencias plenarias y remisión de los pecados. Y, si tienen la desgracia de perder la vida combatiendo en ellas, saben que tienen ganado un lugar de privilegio en el Paraíso. Parece que en el Medievo no escasean los motivos para ir a la guerra.

Los historiadores han estado muy ocupados estudiando lo que ocurre una vez que los ejércitos alcanzan sus objetivos. Pero, apenas han tenido oportunidad de analizar lo que los ejércitos medievales hacen mientras guerrean para conseguirlos. De hecho, muchos estudiosos de la historia ven tales temas como algo ajeno. Como si para abordarlos se requirieran ciertos conocimientos técnicos, tácticos o estratégicos solo al alcance de los militares profesionales o, simplemente, como si no interesara la forma de llevar a cabo las operaciones militares. Durante demasiado tiempo solo se ha tratado la guerra medieval en ciertas publicaciones especializadas, habitualmente poco rigurosas. Textos redactados con tintes heroicos que buscan ensalzar hechos gloriosos, dejando de lado cualquier análisis técnico. Una suerte de historia militar de tambores y trompetas.

Y es que, durante muchos años, los historiadores de la guerra medieval han manifestado serias dudas de que exista algo parecido a una planificación

militar en la Edad Media. Consideran la guerra medieval como una cuestión de individuos aislados en pos de gloria, sin disciplina ni tácticas de batalla y sin ningún sentido estratégico. Por tanto, un objeto indigno de estudio. Para qué perder su valioso tiempo en un asunto de tan escaso interés.

Y así ha sido durante mucho tiempo. El historiador francés Philippe Contamine constata que, en los años ochenta del siglo XX, en la guerra medieval predominaba la asombrosa idea de que *entre la Antigüedad y el Renacimiento se habría intercalado un vacío de un milenio.* Historiadores interesados en comparar el periodo medieval con la Antigüedad y la Edad Moderna llegaban invariablemente a la conclusión de que el arte militar en la Edad Media había sido *rudimentario, rudo o incluso inexistente*. El reputado historiador militar John Keegan llega incluso a considerar que la Edad Media es sólo *el largo interregno entre la desaparición de los ejércitos disciplinados de Roma y el surgimiento de las primeras fuerzas estatales del siglo XVI*. Para el historiador británico J. F. C. Fuller en la Edad Media desaparece cualquier organización militar, la guerra se basa exclusivamente en *la bravura, en su forma más primitiva* que es *el ideal del soldado*. Su compatriota Liddell Hart afirma con contundencia que *el espíritu bélico de la caballería feudal* se muestra *rebelde a toda teoría del arte de la guerra.*

Según esta línea de pensamiento, la guerra estaría en manos de meros aficionados. Ociosos aristócratas que abandonan con desgana la cetrería, la caza del ciervo y el cortejo de las damas, para ceñirse la espada y marchar a la guerra tras su señor en busca de aventuras para amenizar las largas tardes de invierno frente a la chimenea de su castillo. Acompañados por una turba de miserables campesinos armados de cualquier manera con sus propios aperos de labranza.

Y, por supuesto, el caballero medieval no encuentra rival en el campo de batalla. Michael Howard llega a afirmar que *los caballeros tienen una ventaja sobre los hombres, que luchaban a pie, tan absoluta como la que, un milenio más tarde, los hombres armados con fusil de retrocarga tienen sobre sus enemigos armados sólo con lanzas*[7].

Pero, todo es mucho más complejo. Aunque los ejércitos son instituciones conservadoras que desconfían de los cambios y, probablemente, pocas artes tienden a estar tan dominadas por la tradición como la guerra, en la Edad Media la forma en que esta se libra varía notablemente de un área a

7 Michael Howard, 2009.